

LA ESPESA TIERRA AMARGA DE LOS MUERTOS

Primera edición: octubre de 2025

D. R. © Francisco Magaña

D. R. © Mano Santa Editores

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño editorial: Luis Fernando Ortega

Colección: **Prueba de autor**

Codirección: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

FRANCISCO MAGAÑA

*La espesa tierra
amarga
de los muertos*

mano *Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

A Magdalena

CON EL PRIMER DOLOR

por el antiguo soliloquio recordador de brumas.

Con la primera aparición destructora del tibio despuntar los
aspavientos.

Para saber que estamos aquí donde el olvido, fuera del sueño
en el hasta entonces ayer delirante como la reunión en la muerte de los
años no nacidos. Que ardemos porque sí

en la brasa canción de la nostalgia, para que suene la náusea a punto
del desgarramiento en el consuelo de la resignación.

Que ardemos

porque estamos aquí, donde comienzan
a sonar los templados acordes de la fiesta. Porque el encuentro fue con
la espesa tierra amarga de los muertos, con la pregunta de tu
sangre reverberando

en la mía y con la danza de vacíos y alharacas en la penumbra fiel
y desmedida: el naufragio canción de las sirenas, la difusa
iluminación en los cimientos inaprensibles donde apareces y
reinventas la magia de los desconciertos,

las estrellas sin nombre en el principio de nombrar sin saber
los espectros de un sin sentir a punto del desahucio, de una noche
mansión de dientes fríos en la cálida yugular de las esperas.

Que nada

es cierto. Que sólo el olvido es la memoria difunta en la resurrección
constante de las aguas que brotan de sus contornos para alegrar
la primerísima noche del velorio. Que todo es la lenta
prolongación de vacilaciones y sombríos arranques
condenados al hastío desde el nacimiento.

Que nada es cierto.

Que lo demás es el verbo en el espacio estancado y concéntrico de palabras resquebrajando la inmóvil permanencia del reposo.

Que en las llamas del reino rescatado alguien ruega para que nazcan las llamas de las sílabas que oscurecen el brillo de diamantes. Y la fuerza ruin del golpe convertido en añoranza a la deriva.

El resplandor bajo las frondas entristecidas del relámpago.

El revuelo de hilos cascabeleando

en los primores de una aurora tan dueña de sí misma, como la flama en el centro de las oraciones, custodiada por el guardián acecho en la devoción triunfante de la herida de un desierto

tan espada empuñadura
en el altar jardín de los tormentos. La orilla donde aparece tu imagen, la configuración de recreadas como falibles identidades,

hallada aquí en la angustia final del canto memorioso.

¿Y si es en el cristal tu sangre
la forma de las sombras vanas?

Cuando nada cede

al abrupto proceder de las consignas, cuando el intento de la revelación es un bosquejo de signos inflamados por la oración delirante, y cuando los vientos del hastío cabalgan sórdidos con el múltiple arrojo

de los desvaríos inesperados, entonces quizá sea tiempo de buscar los añicos en la invocación desposeída que fugitiva y andante sabe del muerto amor, de su origen volviendo hacia su origen como vuelve el germen desbordado

por sus chispas de esfuerzos y arrebatos.

(Aferrada la esencia a la perpetua divagación de los sentidos y explosión irredenta, de otredad privilegios y masacres

que confluyen en la extraña charca
de una conciencia a punto de olvidarse, como la destrucción
de los engarces
en las cuentas sin fin del aire a mediatarde, o como la plaza a solas en
la mediamuerte:

como el espectáculo insondable que cuestiona sus raíces,
que domina los pasos, la caída de un espíritu en penumbras.)

Que ahora

ya no la por siempre invadida hierba de las alianzas con el demonio
en víspera del incendio. Antes los excesos caminando sobre
el milagro de las aguas en la garganta todavía incrédula, la
cumplida llamada en el cuerno del olvido y en el pacto con
la plenitud de los dones amarrados a las manchas que acaso
nunca descifraremos.

¿Quién habita la muerte a cada instante
en la agonía que introduce entre sus pálpitos el hálito peñasco de los
estupores? Eran demasiados los vientos contra la persecución
de pájaros indefensos y aleteando sus temores en plena fuga
de los remordimientos.

Demasiada la apostasía y demasiada entrega sin reservas a la llama.

Mientras tanto el natural acontecer de tiempos contra sí mismos:

sus hálitos

de paz incomprendidos en el principio fin de sostenerse, como la fruta
en el suelo a punto de podrida se eleva al sitio más que justo de las
manos hacia el cielo, hacia el centro del aire y del mandato,
en la obediencia

de plegarias concebidas desde aquí donde aparece la misma noche que
se busca y piensa en el encuentro y no sabe que es demasiado
el tiempo del ayer: el ansia que desampara con su baile
de adioses el pedazo de tierra donde acaso existiremos; el

movimiento que no conoce el final en la presencia de una certidumbre tan grave como la llaga en el dedo del corazón hirviente;

el espejismo, los exilios en la indisposición de las almas moradoras de la última llovizna, del último estertor.

Y la borrasca en la tinta fluir del noble árbol del vuelo,
del abrigo del alba para encontrar en algún tu gesto el crujido
acariciador

de tumbas, para evadir la invasión que levanta los silencios,
para dormir al fuego en la amenaza impura de las imprecaciones.

Andar con la canción festejo de bullicios, con la flor entre las manos
primerizas que tiemblan ante el contacto con la tierra
abriéndose

en el surco feliz de los difuntos; con la piel enroscándose en la espiral
destello

de alegrías, en los pasos invisibles del viento a medianoche, y andar
con el bullicio festejo en el estallido inminente de la voz en
la primera manifestación de petardos en las calles, en los
inviernos, en las venas palpitantes del amanecer que no quiere
dejar de serlo. Y en la palabra que se resiste

a dejar el instante que pueda convertirla en peregrina confesión de ojos
que se abren para dibujar el frío amanecer de estar despiertos:

y he despertado

para saber que todo el silencio es la oración ensimismada en sus propios
desvaríos.

Para saber que el monosílabo nocturno flota inmisericorde en el templo
donde ofician ingenuos exabruptos. Con el sabor a nada
en el cuello

hasta la sangre resonante en el paso larguísimo del vuelo sin sentido,

y para vislumbrar el aullido del calor donde arden los ojos ya
desahucios,

he despertado mármoles para celebrar el sopor insostenible
de quienes ya no están pero he también bailado
en el prodigo y maravilla soliloquio de estupores
donde resuena la armonía reinante
en la tinta más intensa y más oscura del precipicio.

Para la muerte he despertado. Para volver espina
el conjuro angélico de lastimeros caminos dirigidos a la insistente
procesión descubierta bajo la sombra incendiada de las almas
no nacidas. Y para recorrer el instante y para abrir la puerta
del sueño mediomuerto, he despertado.

En el sarcófago madera del final, he abierto los brazos
en el aire mortuorio que regresa a la nada.

La respiración es tal vez el ojo de la tierra que te nombra. Se parece
al convidado que teje en el cuarto huésped las visiones teñidas en la
miseria de los silencios, de callados aspavientos contra el revés
incólume del hastío. Y el alma se respira en su propia esencia.
Desvención los bastiones casi túnel en el coraje impotente del
abandono, en la huella del perfume, en el aroma con alas
incontrolables que se erige mando en el reino turbulento
de la agonía regodeada en la memoria. Para entonces ya fue
la manifestación de una estrella apenas parpadeante, de un fulgor
casi nada

y de un remoto temblor adherido al llanto en la sal de los
arrepentimientos.

Tanta furia, tanto coraje en la lámpara que muy apenas alumbría las
insólitas fronteras de su vacío. Y muy adentro el infierno
lastimado por un a veces

plácido transcurrir de pasiones asomadas al hueco donde la reverberación prodiga sus heridas, sus vanas metamorfosis que exploran la verdad descompuesta por la tiniébla hermética, por la incertidumbre que recorre con la noche las posibilidades grandísimas de la transparencia cada vez más negra, cada vez más balbuceo y en todo caso más desnudez el sonido que te llama con un adiós, con un silencio, con una veladora entre las manos.

Con una veladora, con una apenas flama. Con este ruego en el suelo este deseo en el polvo. Con este milagro que el ayer ha descubierto en la tierna aparición de letras desbocadas hacia el primer dolor a punto del amanecer. Todo entonces está dicho para el filo punzante del abandono, para la caricia, el beso y la mano del adiós.

Todo para la primera cicatriz del desvelo.

Para el insípido devenir del escondrijo, para el ala sin fuerza de los caminos nunca recorridos; para la huida, para el alfiler en la garganta

del miedo nocturno; para las tumbas, para el rostro agrio de los sepultureros

y para el primer invierno de la primavera, todo está dicho.

Todo está escrito

para cantar a quien falta. Para volver en lo oscuro con el secreto de los años

que lagrimea por el suelo la garganta con un tal vez retrato,
con un tal vez

crepúsculo silencio, temblor de sueños de un muy su ayer en extravíos
de ahora, padeciendo la saña de fulgores, de incendios, el
rictus del adiós que aletarga

la calma, el equilibrio y levanta su cárcel, sus cadenas de ardor

despertado
a mediamuerte cuando la fogata prodiga la hiriente soledad de los
cautivos,
y de unos ojos como el invierno, de unas manos muriendo en las
manos del asesino que alumbra con su rabia juramentos,
venganzas anunciadas, parloteos de una piel como el otoño,
de cuánta piel en la estación más loca de la vida, en el rincón
de los llantos y en el rincón más alucinado de la cordura. Mas
qué rincón de risa,
de condena, de memoria inquieta. Mas qué rincón anuncio de alegrías,
de instantes doleosos, que tiempo hay para la desventura, que siempre
lo habrá para el efímero minuto de la nada donde más que el rencor
de los espantos el solo espanto sin ardides provoca el torrente
sanguíneo, el sopor, la espera,
los frágiles destrozos en la noche de un sueño más tormento, más dulce
y fugitivo
y más amargo que nuestro cementerio, que la tumba que retumba
impasible en nuestra mirada, con badajos oscuros como el
hacha del verdugo laborioso,
del cuello fustigar de la clemencia de la tierra esperando en la entraña
con sus fuentes de engaños que somos y seremos relámpago
de un beso más locura, estrella en el estanque y cadencia de
las hojas que oscilando resucitan pupilas y conciertos: como el
adiós de una caricia al descubrir la simiente de andar porfiado
en la exaltada
fe de abandonarse para cumplir el castigo que reclaman los pasos,
nuestros pasos sonámbulos en el reino vanagloria de hundirse
en la estación donde todo
es comienzo del secreto a voces intimidado por la rabia pasión,
descendiendo

al muelle aposento de la lucha que entrega sus aires para la lenta posesión
que camina los misterios de un gemido, de un verano, no el mismo enloquecido por volver a sus auroras, a su alto florecer, a sus lamentos de vivir a escondidas el alcance de una gloria más gloria y más sensible que la existencia
de los altos peregrinos cautivos que pregonan los desdenes de un cielo así favorecido, en el alma chispeante revelada en nacientes secretos pasionales hasta el rapto desprecio y lontananza y hasta la cruz el beso y la traición y el miedo.

Volveremos pasionales al embrollo volveremos.

Atrapados en tardes alargadas como el yerto perpetuarse en las horas soterradas de un abril tan invierno como el fuego inclemente y dedicado al rasguño mortal del arma herida, del arma puñalada en la vena esculpida, desgarrada como bonanza escribidora de indignos aspavientos con la brisa ventisca de recuerdos, puñal puño en la piedra del advenimiento, piedra, nombre más reyerta jamás que te vislumbre en el incendio niño, como el mástil pregón escapulario, espejo, viento en rústicos derrumbes o putrefacto dolidor pasado que al rayo de sol inmoviliza sus pasiones, que sin quererlo glorifican, encumbran sus impulsos en el agua cielo de los amaneceres, aunque el placer invente sórdidas reverencias y el sol incline el golpe entraña que para sí pide la miasma, el acertijo, el sortilegio de la sal en las venas,
en las arterias moribundas, fiesta de difuntos, o mañana tal vez se filtre la pregunta escurridiza, sin bridás ni control, sin un porqué, sin una flama sola en el llorar sin razón de una renuncia más, de otra

mentira. De nuevo el juego, la pasión confesa, arrepentida, el llanto en la mañana.

Y a quién hablar a quién si los perdonés son conciencia de una conciencia sucia como sus designios, probadora de médulas, de mentiras infalibles, altaneras formas vanas como la inútil ingenua estratagema que sabe

de esos latidos que se pierden luego en la memoria atenta al sacrificio, en el día de ayer cuánta distancia, cuánta lejanía, qué indestructible

el reino de sus dominios en posesión del mundo, juego mortal en el que triunfa la pátina de cuándo, como un mañana del brillo, el resplandor de algún llorar reverberante. Hoy sólo sombra, adiós.

Hoy sólo sombra de un intento desquiciado,
pueril, infame, primerizo, tierno, o tan anciano, tan entumecido como la tinta magia y desparrame, tan lento el laberinto, de fuego la memoria,

el recorrido, el rincón de la ternura en el óxido impasible que en el fondo

de las aguas resguardada, reincorpora sentimientos al filo del abismo: nacientes, lacerantes que ante la presencia de algún nombre, revierten como quebrantos

la osadía de pronunciarlo a solas, de repetirlo marchito, muerto en el tono

de los labios que al saber del sonido resucitan en la plaza de tarde, sangre, gritos que permiten también el atropello de una espada, un embate, de una furia

igual a la caída enamorada de un amante pasión y desconcierto, como la vena que en diagonal penetra el tajo, la manera del buen morir enamorado y bravo

y tan contento. O el peso y cruz en la espalda que soporta la grandeza
de unos como el Altísimo ser que a medianoche vuelve a la atalaya
de su vigía,

mientras el alma sueña lánguida, pertinaz, provocadora el alma sueña
el mismo sueño que soñarán mañana soñadores los ojos entreabiertos,
el desvelo de mirar en la noche los reflejos de aquel nombre

renombrado

que confundió la espera con el nunca: vislumbre de esperanza

con el cansancio

de volver la vista enrojecida a los encierros, celdas, soledades, muescas
en la madera donde se unen combates, se confunden los cuerpos,

las caricias,

los murmullos, el amor con el juego, los incendios con los años
gastados

por la necia manera de investir los infortunios

y más cantante, igual que el soliloquio es quebranto de las fibras adiós
que ya te fuiste, a escondidas mirando el desenlace, el paso de

mis pasos

derrotados, inermes, después que ayer, después que las palabras
dejaron cicatriz en la memoria, como el aroma de un cuerpo
tan efímero

y tan necio como este lento transcurrir del tiempo con el silbido

que atormenta, atosiga y maldice, qué vuelco el corazón y
desvarío, qué tormento, qué locura

por ser él mismo cómplice confeso y sin perdón, sin arrepentimiento
del rumbo

de sus pasos, de sus caminos lacerantes como un decir también aquí
ya basta, ni un paso más, ya no, ya no hay remedio o habrá
que regresar mañana a robarse los ojos peregrinos de tedios
sinsabores y esperanzas, como el delirio enfebrecido de un

trastorno tan cruel como el olvido, de un nombre en la vida
de las venas, letra por letra, sangre, abismo, precipicio, años
tras años letras de un ardor perdido desde el ánimo negro,
o desde el vientre de la misma razón de sus pasiones, del pálpito
entrometido en un guiño, una señal que trocó en sombras la
batalla, la danza del adiós,
el furor, la pregunta interrogada.

Ni un paso más. Ni un paso vacilante. Ni uno más.

Acaso repetir el timbre de sus letras, el festejo de un mundo
maltrecho, adolorido. ¿O acaso retomar las oraciones en
busca de la refulgencia trinidad de los sentidos, del jolgorio
bullicio, de la misma redención destellante, vorágine de
sueños complacientes, tumultos, éxtasis y desesperos en el
marco del llanto tan universo, de un quizá que vuelve, que
retoma la pregunta, la misma, la pregunta que retoma la
misma y hacia dónde la plegaria o el nacimiento de un tal vez
mañana altísimo refugio y beso oculto, presentido?

¿Es lo mismo esperar en la esperanza ardor, castigo, llama que consume
tras la mirada necia, tras las risibles palabras de imposibles
que en la nada se engrandecen?

Para después volver a los labios heredados del olvido. Para después
pensar el clavo en la garganta, el beso a quién en el vacío,
la mirada en los ojos del visitante que recuerda la vigilia
en la alcoba funeral del tiempo.

*La espesa tierra amarga
de los muertos*

de Francisco Magaña,
se terminó de imprimir durante
el mes de septiembre de 2025,
en Guadalajara, Jalisco,

MÉXICO.

La edición consta de 45
ejemplares, numerados
y firmados por el autor.